

LIBROS UNAM

#RETO

TEJE

CON

ARACNE

CONCURSO DE ESCRITURA

EDICIÓN ESPECIAL | NUEVA ÉPOCA | FEBRERO DE 2021

#RetoTeje ConAracne

Concurso de escritura

Editorial

La literatura juvenil es una prioridad de la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial (DGPFE) de la UNAM. Pero no sólo se trata de la edición de libros, sino también de la incitación y el acompañamiento para que la comunidad universitaria pueda descubrir este asombroso y mágico mundo a través de sus propias creaciones.

En esta edición especial, el suplemento Libros UNAM está dedicado a develar algunas de esas expresiones y otorgarles un espacio en el que puedan ser conocidas y reconocidas. El presente número incluye los textos ganadores de #RetoTejeConAracne. Concurso de Escritura, convocado por Cultura UNAM en noviembre de 2020.

Durante casi tres semanas, veinte estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria y del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM trabajaron sus propias historias bajo la asesoría de dos destacadas autoras: M. B. Brozon y Raquel Castro. Después de varias y enriquecedoras jornadas, las escritoras seleccionaron los dos relatos que se publican ahora. Ambos textos están acompañados por presentaciones de las tutoras, en las que nos cuentan sobre las narraciones elegidas y sobre su experiencia con es-

tas nuevas y vitalizadoras formas del trabajo creativo motivadas por la contingencia.

Brozon y Castro contribuyen con dos libros de cuentos a Hilo de Aracne, una colección reciente de la UNAM que busca coadyuvar al universo de la literatura para jóvenes. Lanzada como parte del programa editorial encabezado por la DGPFE, la colección estimula nuevas propuestas de lectura y maneras de relacionarse con el libro para que lectoras y lectores puedan experimentarlas en casa, entornos educativos, bibliotecas, libroclubes y otras esferas de los espacios públicos y privados. De ahí que la publicación de sus títulos vaya acompañada de otras actividades, como la impartición de talleres con los autores e ilustradores —hombres y mujeres—, charlas con escritoras y escritores, concursos de escritura, dinámicas para obsequiar colecciones e interacciones derivadas del uso de las nuevas tecnologías. Al final estas prácticas y retos colectivos contribuirán a que, desde muchos territorios posibles, puedan seguirse tejiendo los hilos de la trama de la literatura juvenil en México. Habrá, pues, más novedades de Hilo de Aracne en este 2021, que recién comienza. ¡Espérenlas!



#RetoTejeConAracne



Atestiguar la construcción de una historia no es algo que haga una todos los días: normalmente, llegamos a las obras terminadas, corregidas, trabajadas y re trabajadas, sin imaginar siquiera las dudas o los tropiezos que pudo haber enfrentado su creadora o creador. Por eso, participar en el #RetoTejeConAracne ha sido una experiencia increíble para mí: tuve la oportunidad de dar seguimiento a varios cuentos durante el proceso creativo de sus autoras o autores, de quienes sólo conocía su seudónimo y el hecho de que estudiaban el bachillerato. Muy pronto olvidé incluso este último dato para sumergirme de lleno en la tarea de acompañarles en el proceso, tarea gratísima sobre todo debido al entusiasmo, la entrega y el profesionalismo de quienes llegaron al final del concurso. Me sorprendió la variedad de temas, tonos y referencias de las y los participantes que tuve el gusto de tallerear, así como su buena disposición a recibir críticas y a corregir, a pesar de contar con poco tiempo y enfrentar diversas restricciones propias del reto.

De las cinco historias finalistas, la más sobresaliente fue la que hoy tengo el gusto de presentar: “Siempre al acecho, en la sombra”, de Isis Raquel González, una historia de crimen y misterio que en algunos aspectos se apega a las características clásicas del género y las desarrolla hábilmente. Así, nos topamos con un asesino serial que ataca a sus víctimas con un ejército de arañas venenosas. En su camino se atraviesan Dylan y Diego, dos jóvenes que, no obstante sus diferencias de carácter, han sido amigos desde la infancia gracias al gusto compartido por el universo de Harry Potter. Diego, ahora policía, tiene que investigar las extrañas muertes, mientras que Dylan sufre por los recuerdos de una infancia desdichada y toda una vida compartida con un tutor alcohólico y violento. Pero en este punto, justo al terminar de establecer el planteamiento, nuestra autora decide salir de lo policiaco tradicional para explorar el género fantástico, mediante la adición de un personaje inesperado y sorprendente del que sólo revelaré el nombre: Atrix; esto con el fin de evitar *spoilear* el cuento a quienes se interesen en disfrutarlo. Lo que sí puedo decir sin temor a arruinarles la lectura es que los personajes principales de la historia son entrañables y muy bien logrados; sin duda permanecerán en su recuerdo.

Raquel Castro

SIEMPRE AL ACECHO, EN LA SOMBRA

Isis Raquel González

—**E**stá solo, es el momento —susurra una voz en un tono tan bajo que sólo ella puede escucharse—. Vayan, mis tiernas criaturas, endulcen su vida con un poco de nuestra aventura.

Las deja libres y corren hacia su víctima; se ve tan vulnerable. Ésta no advierte el peligro, sigue disfrutando de su tabaco y relajando su enorme estómago, que de vez en cuando rasca y la hace reflexionar si debería ponerse a dieta. Se levanta al fin —las pequeñas trabajadoras ya están subiendo—, y entonces sucede: primero siente un ligero hormigueo que recorre sus piernas y parte de sus brazos; luego percibe las diminutas patas peludas haciéndole cosquillas, no las ve al principio, pero pronto lo hace. Se horroriza al observar lo que le provoca esas sensaciones antes tan divertidas y no puede siquiera gritar. Intenta quitárselas, mas son demasiadas.

—¡A-arañas, arañas! ¡Arañas por todos lados! No, no, no, no, no. ¡Por favor, no!

Ignorando sus súplicas, los arácnidos continúan trepando por su cuerpo, que ya cubren por completo. Sigue implorando, sin embargo, nadie más que esa sombra de la noche, de pie a unos metros en la oscuridad, lo oye. Poco a poco, la víctima comienza a convulsionarse por el veneno en su sangre, sus clamores cesan, el miedo la ha paralizado. Con una última cara de espanto se deja caer sobre el piso helado, ya sin vida. La sombra se acerca, la ve con detenimiento y sonrío.

—Esto es lo que les pasa a malnacidos como tú. ¿No te has puesto a pensar en la belleza de la muerte?

Acto seguido le besa la frente y le graba una marca: una araña, una estrella y un corazón, su firma personal; no deja notas ni cartas, así es él. Camina lento hacia la ventana por donde había entrado, aún abierta, y antes de lanzarse al vacío las llama.

—Vengan, mis lindas bestias, vayamos a cometer otra locura.

Sin capas, sólo estorban; sin sombreros, luego se vuelan; sin armas sofisticadas, no sirven de nada. Únicamente él y su poderoso ejército de amigas. Cuando encuentren el cuerpo por la mañana y vean cuán picado y tieso está, se horrorizarán, así como ese indeseable ser lo hizo primero; no les quedará más que esperar al próximo marcado.

Y de la misma forma en que lo vaticinó, sucede:

—¿Otro marcado?

Era la mañana de un nuevo día; el cuerpo había sido encontrado hacía poco por la secretaria que, debido al susto, casi se convierte en la siguiente en la morgue. Los peritos determinaron la misma causa de muerte: múltiples picaduras de diversas arañas venenosas y un choque a su sistema nervioso; la víctima no había podido hacer nada para sobrevivir. Los oficiales a cargo hacían el chequeo de rutina.

—Es el segundo en lo que va del día. ¡Del día, hombre! La Sombra sólo nos da más trabajo que hacer.

El nombre con el que el asesino había sido bautizado le hacía justicia, pues sus acciones y su identidad eran misteriosas, oscuras, sin luz.

—No sé tú, pero a mí me agrada este sujeto. ¿Sabes cuántas quejas y denuncias tienen los tipos a los que mata? Mínimo así me preocupó menos al salir a la calle, aunque deberé andarme con cuidado para no ser otro de ellos —soltó una risa nasal que sólo divirtió a su compañero, ahora intrigado. ¿Qué es lo que movía a esa persona a llegar a estos extremos?

El policía siguió inspeccionando la escena, muy limpia incluso en medio del desastre que causaban los marcados al morir. La Sombra era demasiado precisa y cauta, siempre sigilosa, siempre anónima, siempre marcando a aquellos a los que mataba sin dejar pistas. Lo único que se sabía de ella eran sus objetivos, seres indeseables para la sociedad: asesinos igual que él, violadores, ladrones, incluso uno que otro magnate corrupto. Ciertamente tenía el apoyo de muchos, aunque muchos otros temían el momento en que se encontrarán cara a cara con su destino.

—Me tengo que ir, quedé en salir con Dylan a algún antro de por ahí.

—Dale, hermano; cualquier cosa yo te aviso —le dio una palmada su compañero y le guiñó el ojo—. Disfruta esta noche.

Asintió, tomó su chaqueta y su *beanie* rojo, y se encaminó hacia el puesto de tacos en el que había quedado con su amigo.

Llegó cinco minutos tarde, igual que siempre; lo encontró jugando con una servilleta, vestido con una camisa y pantalón negros y portando un moño rojo como accesorio extra.

—De alguna forma teníamos que venir combinados —saludó.

Su amigo sonrió al verlo y le dijo:

—Diego, amigo mío, te estaba esperando.

—Sabía que no podrías vivir sin mí.

—Ya quisieras que así fuera.

Hicieron su saludo especial: juntar palmas, entrelazar los dedos, moverlos como patitas caminando para después separarlos con un sonido de explosión. Muy infantil, pero así eran ellos, así habían sido siempre.

—¿Y qué?, ¿sí se arma o nel?

—Mi tío hasta me dio las llaves de la camioneta, ya sabes que cuando se pone ebrio no hay cosa a la que se niegue.

Rio de forma sarcástica; era más bien una situación triste. Diego sintió pena por su amigo, huérfano a los 12 y confiado en las manos de un abusador alcohólico. Lo había conocido poco después de eso, así que sabía que ése era un tema delicado y decidió llevar la conversación hacia otro lado.

—Hoy no tengo ganas de cualquier cosa —le guiñó el ojo de forma pícaro—: he cobrado mi quincena de camino aquí, podemos ir a divertirnos a otro lugar.

—¿La Comarca?

—Tú sí me entiendes. Vamos, yo conduzco.

Se subieron a la camioneta y en completo silencio se dirigieron a su destino, un bar, si bien no exclusivo, algo extraño y misterioso: del tipo *freak* y con referencias a muchas sagas y videojuegos. La Comarca sólo aparecía para clientes frecuentes y que supiesen descifrar sus acertijos, los cuales estaban en constante cambio.

Dylan apoyó su cabeza contra la ventana, pensando. Había sido muy obvio el intento de Diego a cambiar la plática tan pronto, y lo agradecía, pero no pudo evitar la ola de recuerdos que vinieron a su mente y lo atacaron sin piedad.

Todo estaba muy oscuro y frío; un grillo cantaba en algún lado. La luna se había ocultado, dejándolo solo. Podía mirar sus propias manitas manchadas de una sangre que no era suya; no lloraba, no gritaba, no hacía nada más que ver cómo la vida de sus padres se desvanecía frente a sus ojos. Su madre apuñalada por la espalda; su padre con un tiro en la cabeza. Ella giró su bello rostro y, con su último aliento, le dijo dulcemente:

—Hijo mío, no tengas miedo.

—N-no... no lo tengo, mami —murmuró el pequeño.

—Hijito mío, no tengas miedo, sólo cumple tus sueños.

—¡Dylan!

—¿Qué?!

Despertó de sus ensoñaciones de forma brusca; estaba llorando. Volteó a ver a Diego con mucho cuidado, no queriendo hablar de lo ocurrido; tenía una verdadera cara de espanto.

—¿Estás bien, amigo? ¿Quieres que vayamos a otro lado?
 —¿Qué? No, no, no, Diego, estoy bien, sabes que soy algo sensible.
 —Entiendo —lo miró no muy convencido—. Tú di la palabra clave y nos marchamos.

—Anotado.

Llegaron al local, que en esta ocasión estaba cerca del centro de la ciudad, en una de las calles del Zócalo. El guardia les hizo la respectiva pregunta ("¿Atari Adventure, 1979, por qué es especial?"), contestaron correctamente y pudieron pasar. En el mostrador pidieron un Fuego valyrio, que en realidad era absenta; necesitaban algo fuerte para la noche. Contemplaron el panorama: la temática de la noche era el castillo de Hogwarts y ellos estaban en el salón de la clase de pociones, lo que les traía lindos recuerdos.

—¿Te acuerdas de aquella vez en la escuela cuando leíamos *El príncipe mestizo*?

—Cómo olvidarlo, la paliza que le diste al *bully* fue digna de un premio.

Dos pequeños estaban sentados en un salón de clases vacío, pues era hora del recreo. Emocionados, comentaban las aventuras y desgracias del pobre Harry Potter en el último libro publicado. Desafortunadamente, Alex, un compañero de su mismo grupo que nunca los dejaba en paz, los interrumpió.

—Hola, renacuajos, ¿otra vez están de nerds?

Acto seguido, les arrebató el libro y rompió la hoja que habían estado consultando. Diego, cansado de sus constantes malos tratos y aturrido porque no había dormido la noche anterior, se lanzó hacia él y comenzó a golpearlo. No se detuvo hasta que escuchó las voces de Dylan y del profesor gritándole que tendría un castigo, aunque dicha frase había sido pronunciada en tonos diferentes. Quizás alcanzó a percibir una pequeña sonrisilla en uno de ellos.

—Escuché que Alex fue el marcado esta vez.

Diego suspiró, tomó lo último de su trago y dijo:

—Sí, fue uno de los cuerpos que encontramos hoy. Seré sincero, me alegro de que él fuera el siguiente.

Guardaron silencio, no había nada que añadir. Estaban perdidos en sus pensamientos cuando, sin previo aviso, todo el lugar se tornó oscuro.

Dentro del bar se respiraba un ambiente pesado, se sentía todo muy frío y un creciente murmullo se hacía presente: "¿es parte de algún espectáculo?", "¿será un apagón?", "más vale aquí corrió que aquí quedó". Nadie sabía qué esperar. Varios tipos, obviamente ebrios, hacían menos tolerable esa quietud:

—¡Eh! ¡¿Pefro quién carraajo ha apa'ado las luces, tíos?! Hay algunos que teenemos asuuuntos que ateeendeeerr —gritaba alguien desde el mostrador—. ¡Y túúú! Noo hee acabado contigoo; tee pedí sopa ramen. ¡RAMEN! ¡Mee haas traído shush... shu... shushi!

—¡Ya cámbienle el plato para que se calle! —gritaron desde el fondo.

—¿Y a ti quiéén te habló, imbé...?

La disputa cesó de pronto, la gente aguardó en la penumbra. Cuando al fin se comenzaba a sentir segura y tranquila, los gritos se reanudaron, pero habían aumentado de nivel. En diversos puntos del lugar, tres alaridos desgarraban el silencio que se había cernido sobre el local. Los que estaban cerca de quienes los emitían se apartaron enseguida, asustados: miles de arañas recorrían el cuerpo de aquellos que no podían hacer más que retorcerse y de cuyas bocas poco a poco sólo salieron suspiros. Se sintió un ondeo en el aire, una ligera perturbación; tres cuerpos dejaron de moverse y se quedaron tiesos, muertos.

La confusión empezó a reinar; el *shock* hacía imposible actuar a tiempo: los testigos de aquellos asesinatos estaban paralizados, aterrorizados. La Sombra, por su parte, así como había llegado, así intentaba retirarse; sin embargo, de pronto alguien lo llamó y señaló: ¡lo veían en vivo y en directo! Entonces, La Sombra giró con gracia hacia su público, elegante, maniático, loco, contento, e hizo una reverencia, nada exagerada, sin dejar de mirarlo.

—Amigos míos —habló con una voz fuerte y profunda que provocó escalofríos—, ¿no es de esta manera como uno debería despedirse: hablando, riendo, disfrutando antes que quejarse?

Y se fue sin más, ágil e invisible. Sólo permanecieron de él las marcas que había impreso en los caídos.

Ahora se oían gritos y más gritos. Unos corrieron hacia la salida; otros se escondieron debajo de las mesas; algunos seguían de pie, mirando a la nada; unos más gritaban desde un extremo al otro del bar buscando a sus respectivos acompañantes. Los que se encontraban cerca de los cadáveres lloraban, vomitaban, rezaban o simplemente los contemplaban, pálidos, como si fueran los siguientes a quien la Muerte habría de reclamar. En algún punto, Diego y Dylan, que se habían separado, veían la escena con un sentimiento distinto.

En medio de tan densa oscuridad, el disturbio aumentaba, era aterrador. Dylan se levantó de donde había caído, pues, cuando la luz se fue, alguien lo había empujado cerca de la barra. Intentó encontrar a Diego con la mirada, pero resultaba imposible ver u

oír algo con claridad. A tientas se acercó y se sentó en una silla, sobre la que permaneció para recuperar el aliento; había sido una experiencia impresionante: La Sombra se había hecho presente, trayendo con ella una sentencia mortal que de suerte no le había tocado a él.

Aunque pensó en llamar a la policía, sabía que sería inútil tratar de identificar al culpable. Quería moverse de ahí, mas no lograba ubicar dónde se encontraba y era mejor no arriesgarse con tanto caos allí adentro. Se preguntó por su amigo, ¿en qué momento se había alejado de su lado y cómo no había notado su ausencia? La luz volvió y al fin un poco de cordura le fue devuelta a la gente. Observó al muerto que tenía más cerca: la araña, la estrella y el corazón refulgían por ser recién hechos; el aspecto de la persona daba lástima, se trataba del tipo que se había quejado por su pedido.

—¡Eureka! —exclamó alguien a sus espaldas, sobresaltándolo; era un Diego sonriente.

—¡No hagas eso, me provocarás un infarto! —dijo tocándose el pecho.

—Lo siento, intenté atrapar al tipo ese, pero no lo logré; llegué afuera y aproveché para arreglar las luces, ¿no soy genial?

—Sí, lo eres. Ahora vámonos de aquí.

—¿Se te olvida que soy policía? Lo siento, tengo que atender esto.

Procedió a examinar el cuerpo cercano: no había mucha diferencia con el de la mañana. Suspiró, no podía agregar un avance en su investigación. Iba a alejarse cuando vio un descuido del asesino que le puso los pelos de punta.

—¿Qué tenemos aquí?

Sostenía algo pequeño, lo había encontrado semiaplastado por la cabeza del muerto. No mayor a la palma de su mano, una pequeña araña peluda y negra se retorció para poder huir. Diego tenía fascinación por los arácnidos, conocía mucho de ellos, pero no había que ser un experto para saber dos cosas: una, la arañita estaba muriendo, y dos, había estado embarazada y sus hijos, sintiendo el peligro, comenzaban a salir de forma desordenada de su vientre. Para quien no estaba acostumbrado a las arañas era un espectáculo aterrador: cientos de criaturitas se esparcían por todo el suelo y trepaban, incluso sobre el fallecido, en busca de un refugio nuevo. Diego se estremeció; no entendía la forma cruel en que se las había abandonado, pero menos entendía por qué ella se había quedado atrás: ¿había fallado el mecanismo de control del asesino?, ¿acaso estaba perdiendo el toque?, ¿por qué comen-

zaba a ser descuidado? Fuese lo que fuese, estaba dispuesto a averiguarlo.

Dylan no quiso esperar adentro, así que salió para tomar algo de aire. Aguardaba en la camioneta a que llegara su amigo, aunque sabía que le tomaría un buen rato librarse de ese trabajo, pues estaba obsesionado con el “Hombre araña”. Realmente necesitaba un descanso, suficiente tenía con el idiota de su tío y ahora lo que había querido que fuera una noche tranquila se había convertido en un escenario de muerte. Recostó su cabeza contra el vidrio y poco a poco se quedó dormido.

Lo despertó un ligero escalofrío. Por un momento pensó que Diego al fin había llegado, pero miró hacia su costado y no vio a nadie; también revisó las ventanas buscando el origen de alguna corriente de aire, mas se encontraban todas cerradas. Empezaba a decirse que quizás la sensación había sido producto de un sueño, cuando una lucecita brilló frente a él. De un tamaño relativamente pequeño, no más grande que la palma de su mano, flotaba una arañita, que era diferente a cualquiera que hubiese visto, pues lucía transparente, fría, ya muerta.

Era un fantasma.

El arácnido se desperezó estirando sus patitas y con una voz chillona le dijo:

—Bueno, ¿qué tenemos aquí?

—Juro que esta vez no he fumado nada y vengo sobrio —contestó Dylan alzando las manos sin apartar la mirada del espectrito.

—Sí, claro, y yo no soy un fantasma —le replicó la pequeña.

No le era anormal tratar con seres del otro mundo: continuamente y junto a Diego se había metido en muchos problemas por experimentar con la magia o el ocultismo, así que ver una pequeña araña flotando ante él le daba más bien curiosidad y ternura. La observó por todos lados e intentó tocarla, pero ella lo detuvo:

—Cuidadito con donde pones la mano, niño, no sé dónde la has tenido —y comenzó a pasearse por la camioneta; parecía querer familiarizarse con su nuevo ambiente—. Me siento encerrada aquí.

—No voy a pasar frío.

—Uy, el niño me salió cobarde.

—Claro que no.

—Entonces salgamos del coche, quiero aire fresco.

—¿Aún puedes sentirlo? A propósito, ¿cómo te llamas?

—Dime Atrix.

—Yo soy Dylan.

—Un gusto conocerte, Dylan.

—Creo que puedo decir lo mismo, Atrix.

Se bajó del auto con Atrix siguiéndolo y se dirigió a la estación de metro más cercana, Zócalo. Aunque era algo tarde, las luces aún se vislumbraban dentro del lugar solitario; ahí estarían cómodos.

—Oye, Atrix, ¿alguien aparte de mí puede verte?

—No estoy segura, pero imagino que estoy contigo por mi "asunto no resuelto".

—¿Se puede saber cuál es?

—Encontrar al asesino.

El silencio cayó sobre ellos, era extraño. Dylan se sentó cerca de un cartel que promovía el turismo en México y observó que Atrix todavía no lo alcanzaba. No se distinguían mucho sus rasgos, pero Dylan intuía que algo la incomodaba.

—¿Qué tienes?

—Sólo estaba pensando.

—¿Puedo saber en qué?

Ella suspiró y flotó hasta el hombro del chico.

—No sé por qué sigo aquí en realidad; para ser sincera, hubiera preferido ir con mis hijos, vivir mi corta vida en libertad y no a manos de un joven que, aunque se preocupaba por nosotros, nos usó para sus propios fines. Ni siquiera recuerdo cómo se sentía ser libre, tampoco recuerdo su rostro; si acaso algo parecido a su voz aún resuena en mi cabeza como lo último que oí.

Dylan escuchaba atento y, cuando ella acabó de hablar, humano y fantasma miraron hacia las vías vacías, haciéndose compañía.

La estación permanecía tranquila. Había pasado quizás una hora y el chico comenzaba a preguntarse si su amigo estaría preocupado de no verlo. Improbable, le hubiera llamado. Su mente procesaba con rapidez lo que había pasado: primero la aparición de La Sombra y ahora tenía que atraparla con un fantasma araña de guía. ¿Por qué él?, ¿por qué no alguien más capacitado? No tenía ni siquiera el valor de enfrentar a su tío y ahora había que atrapar a un asesino en serie con métodos poco convencionales porque... ¿Quién controla arañas para matar?

—En tu mente hay un gran conflicto —Atrix le comentó. No lo había perdido de vista.

Dylan suspiró y contestó:

—Me preguntaba por qué tengo que ser yo quien te ayude a "pasar al otro lado".

—No lo sé con certeza, pero creo que podemos ser un gran equipo —le sonrió.

—Es bueno pensar eso. Entonces dime, Atrix, ¿recuerdas cómo fue que comenzaste a ser controlada? Ya que seguro no actuabas por voluntad propia.

Atrix puso una carita pensativa, de su respuesta dependía lo que harían.

—Fue después de comerme a mi tercer marido. Este muchacho apareció y con una lengua que sólo las arañas entendemos, silbante y aterrador, comenzó a adularme. Supongo que me dejé llevar por mi orgullo. Después de eso todo es borroso: algunas frases por aquí, un cuerpo por allá, creo que le mordí la pierna a alguien. Si es control mental, alguna droga o tipo de magia, no lo sé; puede que sea una mezcla porque antes de él yo no conocía las palabras que acabo de utilizar.

Dylan siguió reflexionando, ahora con esta nueva información. La pequeña comenzaba a aburrirse y deambulaba por el pasillo levemente iluminado cuando algo llamó su atención. Se acercó con precaución y lo que encontró la cautivó de manera profunda.

—Hola —saludó con su mejor voz seductora—, ¿vienes mucho por aquí?

Dylan volteó, sorprendido de escuchar que Atrix se dirigía a alguien más, pero al ver a quién le coqueteaba soltó una ligera risa.

—¿Te enamoraste de un llavero de araña?, ¿en serio?

—Oye, mi último marido fue mi merienda también. Ten más respeto.

—De acuerdo —sonrió.

Un policía fue quien interrumpió su conversación.

—Disculpe, estamos a punto de cerrar. Le pido por favor que abandone la estación.

—Sí, claro, perdón; se me ha ido el tiempo.

Dylan se apresuró a salir, no quería más problemas. Afuera seguía haciendo frío y parecía que la temperatura disminuía cada vez más. Atrix flotaba tranquila, ajena a la incomodidad de su acompañante; le silbaba una canción al llavero melencólico que se había llevado de la estación.

—Esa canción la tengo como el ringtone de Diego —comentó el humano, castañeando los dientes.

—¿De verdad? Yo no recuerdo de dónde la he memorizado, supongo que mi criador la escuchaba seguido.

—Si lo dices de esa forma, resulta algo perturbador.

Llegaron al coche, un alivio para Dylan, que no soportaba más el frío. Una vez adentro, prendió el calefactor con la intención de no morir congelado y sacó una manta que guardaba para las ocasiones en que le tocaba pasar la noche en el auto.

—¿Dormirás?

—Si no fuera por ti, yo estaría dormido —sonrió y bostezó—. Avísame si hay algún peligro.

—De acuerdo.

Al cerrar los ojos, se preguntó cómo Atrix, siendo un fantasma, pudo haberse llevado a su "nuevo marido". Quizás era cosa de fantasmas, así que, olvidando el asunto, se dejó llevar por sus sueños.

Miraba de nuevo a sus padres muertos, a su madre consolándolo. Cambiaba el escenario: su tío lo golpeaba, estaba ebrio; él lloraba encogido en un rincón deseando que eso acabara. Ahora era adulto, se veía a sí mismo volando, ¿de verdad era él? Al fin podía cobrar venganza a todas aquellas personas que le habían hecho daño, ¿podía hacerlo? No, no era su sueño. No era lo que quería. No, no... ¡No!

—¡No!

Despertó sobresaltado, asustando de paso a la pobre arañita que se acurrucaba con su llavero. Miró hacia todos lados para asegurarse de que sólo había sido un sueño. Por las ventanas empañadas entraba luz solar, había amanecido. Revisó su teléfono: 8:34 a. m., sin llamadas ni mensajes. Frotó su rostro para alejar el cansancio de su cuerpo y salió del coche a buscar a su desconsiderado amigo.

—¡Dylan, espera!

Siguió caminando e ignorando los constantes llamados del espectrito. Avanzaba rápido hacia el bar, alterado y confundido. El sueño había sido su punto de quiebre.

—Dylan, aguarda, ¿qué pasó en el auto?, ¿estás bien?, ¿por qué gritabas tanto?

—¡Silencio!

Se volteó airado. No quería escucharla, nada más lo ponía nervioso.

—Cállate y desaparece de mi vista.

—No puedo hacer eso —le respondió ella con un tono desilusionado.

—¡No me interesa! No quiero verte, no quiero saber nada que se relacione contigo. ¡Déjame en paz, caray!

Una mirada de dolor cruzó por el rostro de la arañita, que dejó caer su llavero al piso, triste. Pero eso Dylan no lo vio porque alguien había chocado contra él. La otra persona llevaba un vaso con agua caliente que dejó caer por el impacto y el contenido se vertió en un Dylan molesto, enojado, confundido. No podía reaccionar de forma correcta en ese estado.

—¿Qué rayos te pasa?! ¡¿Acaso no ves o qué?!

Miró a su agresor, era Diego. Su amigo le devolvió la mirada, igual de desconcertado y ahora molesto. ¿Qué le estaba pasando?

—¿Qué tienes, hombre? ¿Tuviste un mal sueño?

Esto encendió aun más sus sentimientos.

—¡No te atrevas a hablar de esa forma! ¡Toda la noche! ¡Te estuve esperando toda la noche y ni un solo mensaje me pudiste mandar! ¡¿Acaso se te olvidó que venías con alguien más?!

—Bueno, lo siento mucho, sabes que tenía trabajo y no andaba jugando. Además, La Sombra atacó de nuevo alrededor de las tres de la mañana; ha sido una noche larga para mí también —respiró profundo intentando calmarse. No debía perder los estribos en ese momento, no en ese momento—. Vine a verte cuando restablecimos comunicación; estaba preocupado, pero tú dormías y no quise despertarte. Respecto al agua, lo siento mucho, estaba distraído.

Las palabras de Diego no lo convencieron, ni siquiera las de Atrix, que le susurraba que se calmara e intentó aproximarse varias veces sin resultado. No quería a nadie cerca. Se dio la vuelta en medio de sus protestas, subió al auto, lo encendió y los dejó sin ninguna explicación.

Lloraba mucho, frustrado. ¿Por qué reaccionaba de esa forma? No sólo le debía una disculpa a Diego, sino también a Atrix, había sido duro con ella...

—¡Atrix! —con todo su enojo, se había olvidado de la condición invisible del espectrito—. Oh, no, tengo que regresar.

—No será necesario.

Asustado, dio un pequeño salto en su lugar. Volteó hacia el asiento trasero, y ahí, encogida cerca de la ventana, estaba Atrix de nuevo abrazada a su llavero. La miró, pero pronto volvió la vista al camino, no quería chocar el auto. Se sumergieron en un silencio incómodo que fue roto por Dylan.

—Lo siento mucho.

Atrix no se inmutó, se concentraba en acariciar al peludo.

—En serio lo siento. No debí hablarte así.

—Está bien, estabas estresado y triste, se veía en tu rostro.

—No es justificación, lo siento.

La arañita asintió dando por acabado el asunto. Con un gesto, Dylan la invitó a colocarse en su hombro. Atrix flotó y lo hizo; así llegaron a la casa del humano.

Después de abrir la puerta con cautela, Dylan miró la habitación aparentemente vacía y entró sigiloso a su pequeño infierno.

—Espero que mi tío no esté —murmuró para nadie en específico.

—Mala suerte, chico.

De la cocina salió un hombre gordo y sucio, apestaba; a primera vista no se parecía en nada a Dylan y cualquiera hubiera cuestionado

el parentesco. Se tambaleó hasta llegar al muchacho, que comenzó a temblar; los traumas no se superan a la primera.

—¿Dónde carajo te metiste?

Arrastraba las palabras: había bebido demasiado. Dylan no respondió, estaba muy asustado.

—¡Dije que dónde te metiste! —Lo abofeteó y el golpe resonó en la habitación. Un pequeño hilillo de sangre corrió por la nariz del pobre chico.

—Se me hizo tarde.

—Eso ya lo sé, ¿crees que quiero estar esperando a que regreses de no sé dónde?

Otro golpe. Esta vez Dylan gritó: le había cortado el rostro. Entonces explotó.

—¡¿A ti qué te importa?! No estás sobrio ni para ir al trabajo, no sé cómo no te han despedido. ¡Ya soy un hombre, no tengo por qué seguir soportándote!

—Porque en el fondo sabes que nos necesitamos como la trama a la urdimbre, sucia escoria —le encantaba usar esa frase.

Un golpe más, luego lo aventó contra el sofá y comenzó a patearlo. No soportaría mucho tiempo, y Atrix no podía hacer nada, era un inútil y triste fantasma.

Por el alboroto, no se habían percatado de que entraban cientos de arañas por todos los resquicios. La Sombra había llegado.

—Aparta tus manos de mi amigo —dijo con una voz lenta y serena, aunque su rostro mostraba todo lo contrario: estaba exaltado y airado. Comenzaba a actuar como el loco que era.

—¿D-Diego? —Dylan apenas murmuró. Atrix, espantada, apretó con fuerza el llaverito en busca de valor.

—No te engañes pensando que te necesita, estúpido.

La Sombra avanzaba errático; las arañas habían dejado de entrar. Miró con odio al sujeto que estaba sobre su mejor amigo, sobre su gran amor.

—Diego, ¿qué haces? —Dylan estaba estupefacto: ¿por eso soñaba con sus padres y tenía esos recuerdos? Sabía de la gran capacidad de su amigo y su admiración por las cosas prohibidas, pero ¿qué había hecho?

—Tranquilo, Dylan —rió mientras se abrazaba a sí mismo, su autocontrol se esfumaba al observar tan lastimado a quien le profesaba toda su devoción—. Tranquilo, tranquilo, he dejado lo mejor para el final, ¿no crees? A nuestro último abusador, la cereza del pastel, le ha llegado su tiempo, ¿lo ves? —y sacó de su bolsillo un reloj antiguo

con una cadena larga; estaba roto y descompuesto: marcaba erróneamente las 12 en punto, aunque a él le parecía perfecto—. Vine lo más rápido que pude, no podía dejarte solo —más risas descontroladas—. No te preocupes, tendrás un buen espectáculo.

Entonces las arañas, que hasta ese momento habían permanecido inmóviles, se dirigieron hacia el abusador ebrio. Se le treparon y sin compasión comenzaron a morder, esta vez con mucha más violencia. La sangre surgió y los alaridos no se hicieron esperar. Atrix chillaba, Dylan gritaba, Diego reía, y el tío cayó muerto, sangrante, con una cara de horror que nadie le quitaría.

—¿¿Por qué lo hiciste?!

Pese a los golpes que había recibido, Dylan se puso de pie; miraba a Diego con asombro y horror. Él no le respondió, sólo reía y se paseaba alrededor del cadáver. Se arrodilló y, como a todos, lo dejó marcado.

—Sé que una de mis amigas está contigo —miró un espacio sobre su hombro, ahí donde estaba Atrix—. Lo siento mucho, dulce criatura, no debí dejarte atrás. Pero hacía todo esto por ti, Dylan. ¿No lo veías venir? Todo cuadraba: mi obsesión, mis palabras, mis ausencias, ¿cómo fuiste tan ciego?

Aunque estaba llorando, Dylan respondió:

—No hay más ciego que el que no quiere ver, supongo.

Diego rio, las arañas se inquietaban.

—Tienes razón, amigo mío, tienes razón. ¿Sabes qué otra cosa no pudiste notar?, ¿que fuiste tan ciego y capaz de ignorar? —avanzaba Diego, mientras Dylan retrocedía—. Déjame ayudarte, déjame enseñarte: se relaciona con lo que hago por ti, como controlar a mis amigas arañas, no con mala intención, no, no, no —las señaló y éstas se movieron, intranquilas—. Hice un pacto con nuestra sangre para que estuviéramos conectados, para que nuestros sueños fueran los mismos, para compartir un único anhelo. ¡Como Gellert y Albus!, ¿recuerdas cuánto amábamos a esa pareja? Oh, sí, pensabas que era un gran amor, hasta que vimos a Albus manipulado. Sin embargo, yo no te estoy manipulando, amor mío. Todo esto lo hago por ti, para librarlos de aquellos que nos hicieron daño. No te alejes, por favor —Diego sonreía, demente.

—¡Eso es ficción, cosas que nos gustaban de niños, ideas estúpidas! —exclamó Dylan—. ¡Ahora todo ha cambiado! ¡Y no mientas, no lo hacías por mí! ¡Tú no eres mi amigo!

—Pero ¿qué dices? Soy tu amigo, hago esto para protegerte.

—¿Protegerme? No fuiste capaz ni de cuidar al gato negro y blanco, el pequeño de ojos amarillos que adoptamos la semana pasada...

Ahora entiendo: tú lo ahuyentaste, ¡lo alejaste! Igual que a la gente que buscaba ayudarnos. ¡Y me mantenías vigilado! Arreglaste todo para dejarme solo desde hace mucho, para hacerme creer que yo era débil e inmaduro. ¡Estás loco!

—En ese caso, estoy loco por ti.

—¡No le digas eso!

La frase provino de un espectrito que, aunque La Sombra no pudo oír, provocó que las arañas comenzaran a moverse, desordenadas. Despertaban a la voz de Atrix, quien se había librado de la manera más cruel de aquel yugo inhumano. Entonces, ella dejó caer su llave-rito. "Sé valiente", se dijo a sí misma con el propósito de darse ánimos antes de volver a hablarle, y que así ellas, sus amigas, sus hermanas, la escucharan.

—¡Sólo te estás complaciendo a ti mismo!

¿De dónde salían aquellas palabras y aquel valor? Atrix no lo sabía, ni tampoco sabía que su antiguo amo no la percibía; sin embargo, Dylan se mostraba sorprendido y orgulloso, y con eso bastaba. Las arañitas, que ya no eran aliadas de La Sombra, despertaban de su letargo, enfurecidas.

—Nadie merece esto. ¡No lo merecen! ¡Reaccionen! No terminen como yo —Atrix lloraba: no quería dejar a Dylan solo, le había tomado un gran cariño, pero debía acabar con eso—, no terminen como yo.

Asintieron; acabarían con él, con su asesino. Se le treparon por todas partes y no tuvieron compasión: el cuerpo de Diego se convirtió en una mezcla de mordeduras, sangre y arañas. Pese al tiempo que pasó esperando, cuidando en las sombras, para que al final acabara de esa forma, a él apenas le importó:

—Es la ironía de mi vivir, ¿no? Aquella que descargaba en cada persona.

Mientras Atrix se despedía de Dylan y partía para encontrarse con sus hijos; mientras Dylan lamentaba el haberse quedado solo una vez más; mientras La Sombra reía descontrolada aún con el veneno en sus venas, un único pensamiento cruzó por la mente de todos en la casa: "Ojalá esto fuera un sueño".

Isis Raquel González

CCH Oriente

Mi nombre es Isis González. Nací en el Estado de México en 2003 y estudio en el Colegio de Ciencias y Humanidades Plantel Oriente. Soy una persona muy curiosa y quisiera llegar a publicar una novela propia (que ya está en proceso). Mis principales aficiones son los dibujos animados y las historias de fantasía y ficción, como *Harry Potter* o *El señor de los anillos*. También me encantan los musicales y todo lo relacionado con las ciencias.



#RetoTejeConAracne

El #RetoTejeConAracne se trataba de escribir una historia integrando los elementos que se les designaban a las y los participantes día a día. Una especie de cadáver exquisito. En principio parecería fácil y divertido, sin embargo, créanme, en una empresa así sólo hay garantía de lo segundo. Algunas de las ideas narrativas no eran complicadas: “que un personaje lleve una prenda roja” o “que una acción tenga lugar a las 8:34”, cosas que fácilmente y sin que parezca demasiado forzado se pueden integrar en cualquier historia. Pero qué tal: “uno de los personajes se enamora” o “reciben una orden equivocada al pedir comida a domicilio” o “la acción sucede en un salón de clases”. Esas sugerencias ya pueden ser más complicadas de embonar.

En esta historia ganadora, Álvaro, el protagonista, que se cree el único sobreviviente después de una especie de apocalipsis, recibe un misterioso mensaje en su celular, el cual le revela que no está tan solo como creía y lo conmina a dirigirse hacia el sur. En su camino Álvaro encontrará una cómplice de aventura y los 14 elementos que Fernanda Basulto, su autora, tuvo que integrar para construir el relato y cumplir el reto. Echando mano de un talento natural, ella lo logró de manera que la historia fluyera tersa, como si todo lo que se cuenta hubiera sido pensado así desde un principio. Se las ingenió con un *flashback* para poder integrar la idea narrativa que se refería a la orden equivocada de comida a domicilio, por ejemplo, y al final el producto fue una historia en la cual se puede ver eso que mencioné al principio: hubo diversión, tanto en éste, como en los demás escritos, para quienes evaluamos y también, espero, para cada participante.

No, no es una narración perfecta, porque en un ejercicio de esta naturaleza es muy difícil obtener tal resultado, pero el de Fernanda sin duda es un relato bien redactado y entretenido que nos ofrece de todo, emoción, suspenso, amistad, así como lo que nunca puede faltar en una buena distopía: criaturas horribles y... un gatito.

M. B. Brozon

RESTOS

Julia Fernanda Basulto Flota

El viento pasaba tenuemente entre las láminas de asbesto que ataviaban el refugio, construido entre las ruinas de lo que en un pasado fuera una gran torre de departamentos. Álvaro solía vivir en el 413 con sus padres y su abuela, mucho antes de que el mundo se viniera abajo.

El sonido que provocaban las corrientes de aire al entrar era muy suave, un ruido sordo que le hacía recordar el rumor de los autos en una carretera; lo extrañaba. Álvaro se espabiló y permaneció sentado un rato en la orilla del colchón usado que había encontrado en una de sus exploraciones cotidianas. Observaba casi hipnotizado cómo la araña que vivía con él desde hacía un tiempo tejía su red. “Impasible como siempre; no sabe nada, para ella el mundo sigue igual”, pensaba. Con la imagen de su compañera trabajando arduamente en su telaraña, salió por fin.

Ahora el joven recorría el estacionamiento (o lo que quedaba de él) bailando y tarareando sonriente una melodía. Desde que se había convencido de que estaba solo por completo, su vergüenza se había esfumado. Por el momento, vivía el día a día. Le gustaba irrumpir en alguna tienda para ver qué cosas podía tomar; a veces incluso imaginaba que hacía el súper como todo un adulto autosuficiente.

Cuando las cosas todavía andaban “bien” (aunque sabemos que eso es algo bastante subjetivo), nunca se preocupó por ser independiente. Siempre pensó que ya habría tiempo para eso; que lo importante era disfrutar, jugar videojuegos y perder el tiempo en internet: la vida real podía aguardar. Irónicamente, para un muchacho de su edad, las responsabilidades que tuvo que asumir poco después no se parecían nada a lo que esperaba del futuro.

Distraído en los recuerdos de su ahora lejana vida, se resbaló al tratar de cruzar la rejilla de alambre que él mismo había montado fuera de su autoproclamado territorio. En cuanto cayó del otro lado, quedó regado en el suelo el contenido de su mochila, la mayoría no era más que basura: un cuaderno usado, sus lentes rotos, su celular... ¿aún serviría?



Lo levantó y lo examinó: la pantalla estaba cuarteada y llena de polvo. Trató de limpiarlo un poco con su bufanda roja, esa que la abuela le había regalado por su catorceavo cumpleaños y nunca se quitaba, ¡cómo adoraba esa prenda!

Presionó el botón de encendido del teléfono durante unos segundos, después de todo, si funcionaba, podría entretenerse con las fotografías y con los minijuegos que tenía ahí hasta que la batería se agotara, y si no, en realidad no perdía nada. Para sorpresa del muchacho, el aparato sí prendió, aunque no mostró más que una pantalla verde parpadeante. Álvaro se decepcionó un poco, anhelaba al menos conservar la galería, ver por última vez a su familia, a sus amigos...

De pronto, el celular vibró en la mano del chico, quien, desconcertado, posó su vista en la pantalla de inicio, que ya no era verde, y su corazón dio un vuelco: un mensaje nuevo. ¿Cómo era eso posible? Hacía meses que las telecomunicaciones se habían colapsado, no había forma de que su teléfono pudiera recibir señal. Sin embargo, el mensaje estaba ahí. No se atrevía a abrirlo, aún no. Terminó de recoger el resto de sus pertenencias y decidió regresar al refugio. La cabeza le dolía y le temblaban un poco las manos; necesitaba recostarse.

Corrió las cortinas y se tumbó en el colchón, estaba mareado. “Esto es un sueño, no puede estar pasando algo así”, pensó. Permaneció con los ojos cerrados unos minutos, dio un largo suspiro y sacó el teléfono. Su corazón latía muy fuerte. Finalmente, abrió el mensaje; el remitente era desconocido y sólo había cuatro palabras que ni siquiera formaban una frase completa:

Comunidad. Sobrevivientes. Al sur

Quedó pasmado por unos segundos. Leyó el mensaje una y otra vez; tenía una mezcla de emoción y náuseas. No recordaba la última ocasión en que había sentido algo así; probablemente en su primer viaje en avión, pero ni en ese momento había estado tan ansioso como al leer esas simples palabras. Se incorporó para revisar su calendario; si sus cuentas no fallaban, el mensaje había llegado hacía unas dos semanas como máximo. ¡No estaba solo!

De pronto, una duda asaltó su cabeza: ¿y si no era más que una mentira? Muchas cosas pudieron pasar en esas dos semanas; nada le aseguraba que el mensaje fuera verídico, o siguiera vigente. Comenzó a cavilar; si lo analizaba seriamente, no había una ubicación concreta. Salir de la ciudad y vagar por el sur sin rumbo fijo era peligroso, más aun con esas cosas rondando por ahí.

La idea era tan tentadora como arriesgada, y Álvaro permanecía escéptico ante su propia ambición. El resto del día trató de no darle tantas vueltas al asunto. Sin embargo, cuando cayó la noche, tuvo un sueño extraño, de esos que podrían parecer una señal mística, o tal vez sólo el reflejo de su psique intranquila:

Era un niño pequeño de nuevo y miraba por la ventana de su habitación en una noche despejada. Su mamá estaba con él, armando el telescopio que le habían regalado en navidad. Posó su vista en la cara de su madre: la expresión afable que siempre tenía transmitía tanta paz, ¡cómo la extrañaba! Siguió observándola, inmóvil, hasta que ella exclamó:

—Ven aquí, Álvaro. Hoy te voy a enseñar cómo ubicarte siguiendo las estrellas.

—Mamá, ¿qué debo hacer? Estoy perdido y solo —las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos—. Yo... los extraño mucho.

Su madre continuó como si no lo hubiera oído:

—¿Ves esa estrella de allá? Es la estrella polar; si la miras bien, podrás ubicarte con facilidad, pues siempre está en el norte.

—No estoy hablando de eso, mamá. Ya no sé qué hacer; podría morir en el trayecto, pero también podría morir si me quedo aquí, y realmente quiero volver a hablar con alguien más.

Los dos permanecieron en silencio mirando el cielo nocturno. Luego, la mujer dijo:

—Entonces ve; sé valiente, sal y enfrenta tus miedos. Yo siempre voy a estar cuidándote, mi niño. Ahora tienes que ver por ti.

Álvaro la abrazó con fuerza; aunque era un sueño, pudo sentir la calidez de su madre. Despertó llorando, mas su mente se había aclarado.

Terminó de empacar apenas el sol se asomaba; era una mañana fría. Lo único que faltaba en el carrito de supermercado que fungía como maleta eran sus provisiones de emergencia, pero éstas no las tenía guardadas en el refugio, sino que se hallaban en la vieja primaria que se encontraba a la vuelta de la esquina. La construcción, mucho mejor conservada que el resto del área, era donde anteriormente el chico pensaba esconderse si las criaturas lograban cruzar el límite de la ciudad, su plan de escape.

Se despidió de su compañera araña, le deseó buena suerte con su proyecto y le dijo que le encargaba la “casa”. Cruzó el estacionamiento con su carro de compras y se encaminó al colegio. El muro no era tan alto, así que, con un poco de esfuerzo, logró trepar y cruzar, como lo había ensayado en otras ocasiones. Ya adentro, caminó

tranquilo hasta el edificio principal, en donde entró sin problemas por una de las ventanas y se encaminó al último salón de ese piso. Sin embargo, algo lo alarmó: gotas de un líquido verde y apestoso estaban regadas en el piso y formaban un sendero a lo largo del pasillo. Álvaro, nervioso, sabía lo que eso significaba: estaban ahí, rondando en algún lugar.

Se quedó en blanco por unos instantes, ¿debía irse? No tenía nada con que defenderse en ese momento; además, nunca se había enfrentado cara a cara con esas cosas, era muy diferente ahuyentarlas con piedras desde lejos. Pero su comida enlatada y sus reservas de agua estaban ahí, y no las iba a dejar.

Se armó de valor y, cauteloso, se aproximó al salón. Abrió la puerta lentamente: todo parecía estar en orden. Sin hacer ruido, sorteó las bancas, abrió la estantería del fondo y se apresuró a tomar las cajas de su interior. De pronto, un sonido chirriante se escuchó detrás del chico, quien, en un acto reflejo, soltó la caja. Volteó poco a poco, tratando de hacer el mínimo movimiento posible. Muy en su interior, esperaba no encontrar nada al hacerlo, mas no fue así. Una figura corpulenta e imponente se asomaba detrás del escritorio al otro lado del aula.

Ese fatídico viernes 2 de abril, tan sólo unos meses atrás, Álvaro acababa de regresar de clases; estaba cansado por la semana de evaluación y lo único que quería era despejar su mente. Su abuela había salido, y, como de costumbre, sus padres no habían vuelto del trabajo. El joven moría de hambre, así que había decidido ordenar algo a domicilio. Para entretenerse mientras su pizza llegaba, encendió la televisión. El conductor de las noticias hablaba del tema del momento: el incremento de muertes animales y la misteriosa aparición de neblina rosada por todo el mundo desde unas semanas atrás. “De seguro es contaminación”, pensó el chico.

Pasados unos minutos, el intercomunicador sonó, su orden ya había sido entregada en la recepción. Bajó por el elevador y habló con el recepcionista, pero el pedido que éste le dio no era suyo: él odiaba la comida china. Al revisar el paquete, se dio cuenta de que correspondía a alguien del bloque B, en el edificio de enfrente. Probablemente ahí habría ido a parar su pizza.

A regañadientes, se dispuso a ir él mismo a cambiar las órdenes. Claro que pudo haber regresado a su apartamento y olvidarse del asunto o encargarle la tarea al empleado; pero no, por alguna extraña razón, quiso hacerse cargo, y, para bien o para mal, esa decisión tuvo más repercusión en su vida de la que esperaba.

En cuanto encaminó sus pasos por el estacionamiento, un picor en la nariz lo asaltó. El paisaje tenía tonos rosados, como los que mostraba la televisión. De pronto, un estruendo provino de la tierra y ésta empezó a sacudirse con violencia. Álvaro trató de sujetarse de alguno de los autos estacionados, mas, antes de poder hacerlo, observó impávido cómo el suelo se cuarteaba y se abría frente a él.

El pánico colectivo se hizo presente: la gente trataba de evacuar los edificios. No obstante, la planta baja ya no era un lugar seguro tampoco, pues de las grietas en el pavimento salía más gas rosado. La torre departamental se derrumbaba estrepitosamente sobre sí misma; la nube de polvo combinada con el gas rosa empeoraba la visibilidad. Álvaro trató de abrirse paso entre las personas: si lograba alejarse del estacionamiento, estaría más seguro.

Un segundo estruendo ensordeció a la multitud. De las grietas empezaron a emerger criaturas extrañas. Su apariencia asemejaba a los dragones de komodo, pero como tres veces más grandes. Su piel era lisa, de un tono marrón grisáceo con manchas rojizas, y en su espalda tenían aberturas que expulsaban el gas. Sus ojos eran amarillos y parecían tener una chispa de conciencia. La gente estaba tan confundida como aterrorizada. Una de las criaturas lanzó un chillido agudo que alertó a las demás, y ella y sus compañeras saltaron sobre las personas más cercanas para devorarlas.

Álvaro, que había observado todo en la lejanía, ahora corría hacia las ruinas del edificio. El panorama era devastador, el repiquetear de la tierra y los recién llegados monstruos no presagiaban un buen final para nadie.

Pero volvamos al presente: nos reencontramos con nuestro protagonista, presa del miedo. La criatura ya se había percatado de la presencia del muchacho en el salón. Examinando el lugar, Álvaro trataba de encontrar algo para defenderse. Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar, el monstruo se abalanzó sobre él y lo estrelló contra la estantería. Su hocico babeante estaba a escasos centímetros de la cara del chico, quien se resistía a ser engullido y forcejeaba inútilmente. Entonces, en un momento de lucidez, divisó su solución.

—¡Eureka! —exclamó seguro. Estiró lo más que pudo un brazo, alcanzó uno de los vidrios rotos del estante y lo clavó en un costado del animal, que, en un acto reflejo, lo soltó retorciéndose de dolor.

Álvaro se alejó de él; temblando, tomó la caja de provisiones y la introdujo con rapidez en su mochila. El ser se había incorporado y se preparaba para su segunda embestida; de su espalda comenzaba a brotar el gas rosado. Se lanzó otra vez hacia su presa, pero ésta logró

esquivarlo. Las cajas de libros y artículos escolares que había sobre la estantería cayeron sobre la bestia desorientándola y reiniciando los insoportables chillidos.

En la huida, el chico trató de sortear las bancas tiradas en el salón, pero tropezó, y la criatura aprovechó para sujetarlo de una pierna, rasgar su pantalón y clavar sus garras con fuerza en la espinilla del muchacho, quien comenzaba a sentirse mareado y débil por el gas que despedían esos bichos; ni siquiera notaba el dolor de su pierna, sólo luchaba por mantenerse consciente y no ser arrastrado hacia el hocico de la bestia.

“No pienso morir así”, se dijo. Y con un último esfuerzo, producido por la adrenalina del momento, tomó su mochila y la lanzó con todas sus fuerzas a la cabeza de la criatura. Estaba casi seguro de que las latas de comida dentro de la caja serían lo suficientemente pesadas para lastimarlo. Y así fue.

El monstruo chilló una última vez antes de caer noqueado. Todo volvió a quedar en silencio; la respiración agitada de Álvaro era lo único perceptible. El joven se incorporó, todavía temblaba. Trastabillando, recogió su mochila: aunque la caja en su interior se había abollado, algunas latas habían sobrevivido al impacto. Terminó de cargar las provisiones lo más rápido posible. El piso manchado de sangre y babas verdes del monstruo empezó a despedir un olor pútrido y nauseabundo.

Caminó con lentitud por el pasillo, pues, a pesar de que quería correr, el dolor de la espinilla ya se hacía presente. Salió por la ventana que había usado de entrada, y llegó de nuevo al muro, que cruzó con mucha dificultad. Al bajar al otro lado, ya en la calle, no pudo mantenerse de pie. Inspeccionó su pierna: la herida era mucho más profunda de lo que creía.

Con un vendaje improvisado y un analgésico de dudosa efectividad en su sistema, Álvaro reemprendió el camino. Las calles estaban muy silenciosas, hecho que hasta el momento no había sido inquietante, pero ahora sabía que los monstruos habían vuelto a invadir el lugar, y debía andarse con cuidado.

Luego de un rato, dobló la esquina que conectaba con la avenida principal; si seguía ese sendero, tal como le había indicado su madre en el sueño, estaría yendo hacia el sur, en dirección opuesta a la estrella polar. Para la mala suerte del chico, un cuarteto de criaturas, que duplicaban el tamaño de la que había enfrentado horas antes, merodeaba en el lugar. Si se aventuraba a confrontarlas, probablemente sería su fin.

Se sentó en la banqueta, fuera de la vista de los animales; suspiró cansado, y pensó si era la única forma de llegar a las afueras de la ciudad. No, había otra manera: caminar por las vías del metro, bajo tierra.

La estación más cercana se encontraba a unas calles. Aunque la entrada estaba bloqueada por escombros y concreto, había un pequeño pasaje por donde cabrían él y su equipaje con facilidad. Una vez adentro, armado con su linterna y un palo de escoba que había hallado en el suelo, inspeccionó primero las escaleras: no parecía haber indicios de que los invasores se encontraran ahí. Bajó cauteloso, pero tuvo un desliz y su carro de compras rodó escaleras abajo, estrellándose contra los torniquetes de entrada. El sonido no atrajo ningún animal, salvo algunas cucarachas que salieron corriendo. Un poco más calmado, ingresó al andén; el olor a quemado y a aguas residuales llenó el ambiente. Revisó el mapa de la línea: un transbordo y recorrer diez estaciones seguidas. Con algo de suerte y sin descanso, llegaría a la estación destino al amanecer.

Caminó hasta adentrarse en el túnel, donde un convoy yacía de costado, impidiendo el paso. “Lo que me faltaba”, pensó el muchacho. Con gran esfuerzo, abrió una de las puertas del vagón para pasar sus provisiones del otro lado. En cuanto entró, recorrió el lugar con la linterna; entonces, sorprendentemente, una sombra cruzó de un lado al otro. El chico sujetó su improvisada arma (el palo de escoba), listo para defenderse.

—Tu pierna está sangrando —se escuchó entre los asientos.

Álvaro quedó en blanco, ¿había escuchado bien? Las últimas horas de su vida habían sido tan surrealistas que quería asegurarse de que aún no había perdido la cabeza.

—Puedes bajar eso, no te pienso atacar... por ahora —afirmó el extraño.

Era verdad, sí que había alguien ahí; el corazón del chico latía a mil por hora. Sin hacer caso a la advertencia, se acercó.

—Apaga la linterna, es molesta —continuó la voz; ya de cerca, se podía inferir una voz femenina. Álvaro dudó un poco, pero terminó cediendo a la petición, no estaba en posición de incomodar a la residente de vagón. A pesar de la penumbra, se podía divisar su figura agachada entre los asientos.

—¡Te dije que bajaras eso! —La persona se le fue encima, tratando de quitarle el palo de escoba.

—¡Ey, alto! No pensaba lastimarte, lo juro, sólo estoy de paso —gritó el chico al soltar el arma, provocando que su contrincante cayera de

espaldas. La sombra se incorporó, quejándose por el golpe, y exclamó:

—Así que primero irrumpes en mi territorio y luego me lastimas, eh. Pensé que eras más sensato, Álvaro.

—No era mi intención; además, tú fuiste la que se lanzó sobre mí... —el muchacho dudó un momento—. E... espera, ¿cómo sabes mi nombre?

La figura se acercó cautelosa a él y le arrebató la linterna de las manos, luego la encendió, apuntando hacia sí misma. Se trataba de una joven, tal vez de su edad, un poco más alta que él. Su cabello corto y disparejo enmarcaba su cara redonda, que tenía una expresión amigable, muy distinta a su actitud.

El corazón de Álvaro dio un vuelco, de súbito le empezaron a sudar las manos y sintió cómo la sangre subía a su rostro: estaba más intranquilo que antes, aunque ahora se trataba de un nerviosismo diferente, agradable. La chica prosiguió:

—Probablemente tú no sepas quién soy, pero yo te conozco incluso desde antes de que todo esto pasara. Recuerdo muy bien cómo siempre te tropezabas con el último escalón de la entrada al edificio y cómo te quejabas cuando te mandaban a sacar la basura. Te he estado observado por más tiempo del que crees, Álvaro. Aunque no pienses mal, no empieces a imaginar cosas extrañas, ¿está bien? Me parecías alguien simpático, un posible buen amigo, nada más.

Álvaro agradeció la penumbra del lugar, porque sentía que la cara le ardía de vergüenza. No sabía qué decir: esas palabras lo desconcertaban, nunca se había dado cuenta de la presencia de ella antes; era algo tenebroso, en cierto modo. Sin embargo, no estaba molesto ni asustado, lo reconfortaba saber que ella lo conocía. Mientras la chica seguía contando anécdotas cotidianas, él comenzó a llorar.

—Oye, tranquilo. No es para tanto, ¿de acuerdo?

—Lo siento, es que es demasiado para procesar —dijo el chico limpiándose las lágrimas con el antebrazo de su chamarra.

La joven se le acercó, le dio unas palmadas amistosas en la espalda y le pidió que se calmara.

—Bueno, amigo, te vas a deshidratar de tanto llorar —se burló la chica—. Soy Isabel, por cierto. Tenía curiosidad de saber adónde ibas, por lo que planeaba seguirte a la distancia. No pensaba involucrarme, pero con la pierna así no llegarás muy lejos...

Isabel se acercó a él con una venda y alcohol, y limpió su herida. El joven le dio las gracias e intentó incorporarse, mas ella lo detuvo:

—Ey, tranquilo. Tienes que dormir, estás hecho un trapo. Además, me acerqué a ayudarte porque quiero saber adónde te diriges, así que dime.

Álvaro dudó un poco sobre si sería bueno contarle: aunque no conocía del todo sus intenciones, le había ayudado. Finalmente, decidió explicarle el motivo de su viaje. Luego de un corto silencio, Isabel habló:

—Muy bien, te acompaño entonces. Pero continuaremos el viaje mañana temprano.

—¿En serio?, ¿así nada más? ¿No tienes dudas sobre si estoy diciendo la verdad?

—Como te comenté, creo que eres alguien sensato, confío en tu palabra. De todas formas, si ese mensaje es una broma o algo parecido, no tenemos nada que perder, ¿no crees?

Álvaro lo pensó un momento, era lo mismo que se había dicho antes de abandonar el refugio, así que terminó aceptando que lo acompañara.

A pesar de que la pierna ya no le dolía, le costó conciliar el sueño en el frío piso del metro. Mientras escuchaba los ronquidos lejanos de su nueva amiga, temía por lo que podría pasar al día siguiente.

El reloj de pulsera de Isabel marcaba las 8:34 a. m. Era buena hora para ponerse en marcha. Juntos abrieron la puerta del otro lado del vagón y terminaron de bajar el carrito de compras del chico. Y así, guiados por la linterna, siguieron las vías intercambiando vivencias de sus apocalipsis personales hasta la estación destino.

En la superficie, las construcciones de la zona sur permanecían casi intactas ante el arribo de los monstruos. Álvaro respiró aliviado: no había rastro de que estuvieran en aquel lugar; mas Isabel no estaba tranquila. Todo se encontraba sospechosamente en calma.

—Oye, ¿había alguna dirección en particular en el mensaje?

El chico sacó el aparato de su mochila, seguía funcionando.

—No, sólo indica ir al sur; en realidad tampoco dice qué tan lejos.

—Eso sí que es un problema, compañero. Estamos más perdidos que antes... Espera un segundo, ¿escuchaste eso?

Rápida, la chica tomó el bate de béisbol que fungía como su arma. Álvaro la imitó con el palo de escoba: a pesar de que no había captado nada, no quería parecer despistado frente a ella. Luego de unos segundos, logró percibir un sonido proveniente de las escaleras de entrada al andén, era similar al del caminar de las criaturas. Cuando los causantes emergieron de la oscuridad, los dos quedaron pasmados.

No se trataba de animales, sino de un grupo de ocho personas. De ellas, siete formaban un semicírculo alrededor del que parecía ser su líder, un hombre alto y de barba que portaba una túnica amplia y maltratada, además de un bastón alargado. El grupo rodeó a los muchachos; no dejaba de observarlos y de murmurar sonriente, parecía muy emocionado por los recién llegados, aunque nadie se atrevía a acercarse a ellos, era como si esperara permiso para hacerlo.

El rumor de las voces fue silenciado de inmediato por el hombre de la capucha, quien, en efecto, era el jefe. Dirigiéndose a los muchachos, exclamó:

—¡Bienvenidos, jóvenes sobrevivientes! Me es grato saber que mi mensaje se esparció satisfactoriamente por los alrededores. Porque recibieron mi mensaje, ¿no es así? Por supuesto que sí, no podrían haber caminado hasta aquí por casualidad. —Enseguida, volteó hacia su gente—: ¡Tú!, trae agua para los muchachos, ¡rápido!

Una mujer bajita y regordeta se acercó con dos vasos de agua a los chicos, quienes le agradecieron la atención. El temblor de las manos de Álvaro, sin embargo, hizo que tirara el suyo en el acto y derramara todo el líquido en el suelo.

La situación, ver tanta gente frente a él, lo había mareado. Había logrado su objetivo, mas sentía que algo estaba mal. “¿Cómo sabían que llegaríamos por las vías?”, pensó el chico. Antes de que pudiera externar su inquietud, el hombre continuó:

—Yo sé que tienen muchas preguntas: ¿cómo sabíamos de su llegada?, ¿cómo envié el mensaje? o, incluso, ¿quiénes somos nosotros? Bien, iremos hilando la urdimbre después, así que no se apresuren. Lo primordial ahora es darles la bienvenida a nuestra comunidad. Deben de estar cansados, fue un largo viaje.

Álvaro volteó a ver a Isabel, quien parecía disgustada con la situación; ni siquiera había dado un trago al agua que les acababan de dar. Ella, observando con desconfianza al grupo, habló:

—Sí que tenemos esas preguntas, y queremos respuestas ahora. ¿Por qué tanto misterio sobre quiénes son ustedes, eh?

Álvaro se burló un poco en su interior: unas horas antes ella también se había hecho la misteriosa.

—Vaya que cuestionas mucho, ¿no, pequeña? —gritó alguien al fondo.

—Disculpe, señor, pero, siendo honestos, todo esto es muy raro —complementó Álvaro.

—Ja, ja, bueno, bueno, nunca planeamos incomodar a nuestros invitados; si quieren saber sobre su nueva familia, entonces les contaré. Hace poco el mundo pasó por un gran cambio: la tierra se abrió para liberar a sus verdaderos poseedores, los primordiales. Los blasfemos decían que eran monstruos, una amenaza; sin embargo, su verdadera naturaleza se demostró cuando nos escogieron para servirles. Somos los encargados de hallar a todos los demás absueltos... ¡para adorarlos como se merecen!

Los dos chicos intercambiaron una mirada de preocupación; los aliados del hombre comenzaron a hacer alboroto por el extraño discurso. “No me gusta hacia dónde va esto”, le susurró Isabel al chico. A esas alturas, Álvaro ya no sabía qué pensar: todos ellos estaban locos, más de lo que él pudo haber llegado a estar nunca, sin embargo, eso era lo que había estado buscando, ¿o no?, ¡gente!

El hombre continuaba su perorata, emocionándose cada vez más. El semicírculo de personas aplaudía ante él, gritaba y reía mientras se acercaba a los dos muchachos, quienes retrocedían con temor. La mujer que les había ofrecido el agua sujetó a Isabel por el brazo, otros jalaron la mochila y la bufanda del chico, y en conjunto trataron de cargarlos.

—No tengan miedo, ¡somos su familia! —coreaban al unísono.

—¡Suéltennos! ¡Ay! —ordenaba la chica, al tiempo que era subida a los hombros de una mujer muy alta y fornida.

—Los primordiales son sabios, han limpiado la tierra de la inmundicia y putrefacción humana. Por eso estamos agradecidos de que nos dejen caminar a su lado. ¿No es eso grandioso, recién llegados? ¡Son tan magníficos, el pináculo de la naturaleza!

Álvaro empezaba a molestarse: esos animales no habían hecho otra cosa que arruinar el mundo que él conocía, habían acabado con su familia y sus amigos, incluso él había estado a punto de ser devorado por uno, ¿y esas personas de ahí los alababan?

—¡Esas criaturas no son más que bestias salvajes! —gritó sin pensar.

El festejo se detuvo. Los hombres que habían levantado al chico lo dejaron caer de inmediato, horrorizados. La multitud enmudeció. Incluso Isabel estaba sorprendida por su reacción.

—¿Qué fue lo que dijiste? —exclamó el líder colérico.

—Yo... No, no quise decir... Me refería a los humanos, no a los otros.

—¡¿Los otros?! ¡Estás insultando a los sagrados amos de esta tierra! Eso es inaudito.

—¡Inaudito! —repitió el grupo.

—¡Imperdonable!

—¡Blasfemo! —acotó la multitud.

—¡A callar! —espetó el jefe, y, dirigiéndose a nuestro protagonista, continuó—: Luego de haber gastado todos mis recursos tecnológicos en rastrear a los elegidos cercanos, ¿es así como me pagan? Acabas de cometer la mayor falta de la historia, muchacho ignorante, y pagarás muy caro por eso. ¡Aprésenlos!

—¡No, no! Espere, lo siento, ¡lo dije sin pensar! Yo los respeto mucho, ¡lo juro!

Dos personas tomaron los brazos y piernas del joven. Isabel trató de bajar de los hombros de la gigante para auxiliar a su amigo, pero fue sujeta con fuerza. El hombre sacó un reloj antiguo de su bolsillo, observó la hora y sonrió maliciosamente: la noche había caído sobre la ciudad.

Habían sido arrojados a una especie de arena. Alrededor, las personas estaban dispersas en palcos. A Álvaro le costaba trabajo ver; sin embargo, pasados unos segundos, logró distinguir una figura monstruosa detrás de una valla metálica en la distancia. El líder, desde el palco justo arriba de la valla, dijo solemne:

—¡Familia!, el día de hoy, como ya saben, castigaremos a los herejes. ¡Liberen a los primordiales!

La multitud gritó emocionada. Álvaro se incorporó asustado; Isabel yacía inconsciente; fuera de su prisión, la bestia ya los había olido. Tenía que pensar rápido, la responsabilidad de sobrevivir era toda suya. Analizó la situación: las columnas que sostenían los palcos no se veían resistentes; si tenía suerte, habría una oportunidad.

Trató de llamar la atención del animal, y con sus gritos logró despertar a la chica, quien, al ver el panorama, no tardó en ponerse de pie. Mientras la multitud los abucheaba, Álvaro le contó el plan.

La criatura se abalanzó sobre ellos, pero antes de poder embestirlos, la esquivaron, ésta se estrelló contra la columna y el lugar se tambaleó entero. Los chicos comenzaron a correr y gritar en direcciones contrarias; el animal no sabía qué hacer. Estresado, comenzó a lanzar chillidos, a tratar de alcanzarlos y a golpearse contra las paredes en cada intento. El clan gritaba de horror: habían mancillado el honor de sus deidades.

Las vigas se desprendían con cada choque del cuerpo de la criatura, hasta que ésta asestó el golpe definitivo y toda la precaria estructura se vino abajo. El líder cayó frente a su dios, que en su desesperación lo lanzó de una patada. Nuestros protagonistas alcanzaron a refugiarse bajo unas tablas de madera.

Unos minutos después, todo era polvo. Con dificultad, Isabel y Álvaro lograron salir de su guarida para encontrarse con un cielo nocturno despejado. En la lejanía, algo se movió entre los escombros: la cabeza pequeña de un animal de patas cortas y pelaje negro.

El gato se sacudió el polvo que lo había cubierto y comenzó a caminar tranquilamente. Lo observaron absortos alejarse. El lugar quedó en silencio.

—¿Qué demonios fue eso? —dijo la chica luego de un momento.

—No lo sé...

Los muchachos continuaron adelante, con la estrella polar como guía.

Julia Fernanda Basulto Flota

Prepa 9

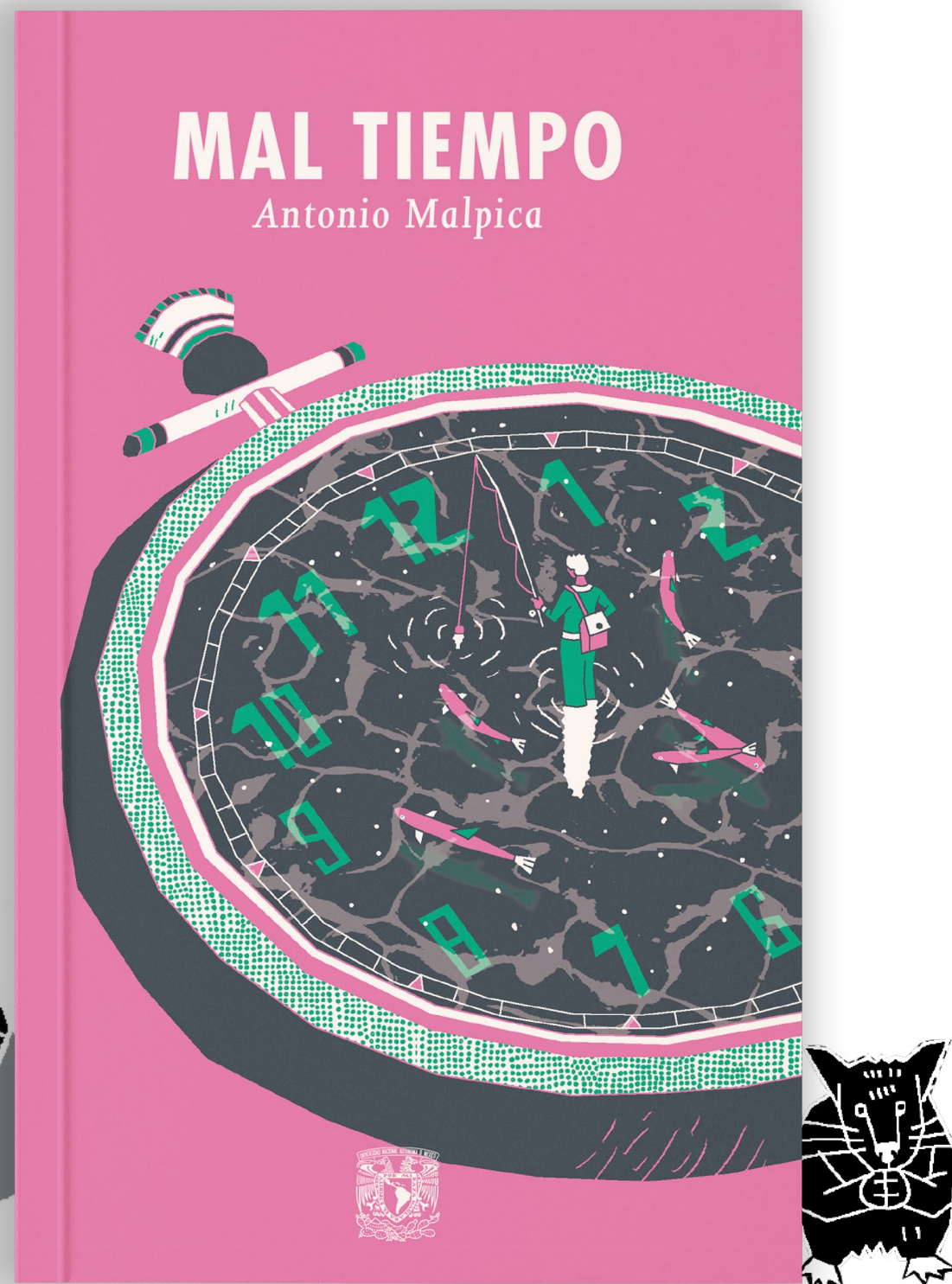
Soy Julia Fernanda Basulto Flota (Bachir Kasun). Soy autora de diversos proyectos personales, aunque éste es el primero en ser publicado. Nací en la Ciudad de México el 12 de febrero de 2003 y estudio en la Escuela Nacional Preparatoria número 9 de la UNAM. Mis principales aficiones son la biología, las novelas de aventura y las caricaturas (que adoro con fervor). Dos de mis más grandes pasiones son el dibujo e inventar historias. Detesto las matemáticas y la contaminación del ambiente. Mi sueño es publicar una novela gráfica algún día.



MAL TIEMPO

Antonio Malpica

Ilustraciones de Santiago Solís Montes de Oca



Nos encontramos ante 12 cuentos que giran en torno al tiempo; donde personajes de distintas latitudes y momentos se enfrentan a dobleces, aperturas, ritmos y pulsaciones, y cuyos mundos alterados penden de las manos de un reloj omnipotente que los aprisiona.

En el metro de la ciudad nos topamos con un oficinista que, al acumular siete reportes de impuntualidad, se percata de una incongruencia en el reloj del andén, y esto le da un vuelco a su vida. Observamos cómo un cuidador intenta explicarle a un niño que no es un fantasma quien perturba su sueño, sino el reflejo de alguien que tiempo atrás vivió en el mismo espacio que ahora habitan. La inalterable cotidianidad de un editor veterano se ve interrumpida por un descubrimiento fatalmente previsible. Un viajero del espacio intenta descifrar por qué los sis-

temas de Argos, su nave, regresaron al estado cero, mientras él se hunde en reflexiones sobre su incierto destino. Y así, algunos personajes de estos cuentos descubren que poseen una mirada única para contemplar el tiempo; a otros se les revela la existencia de distintas líneas o dimensiones que conviven en un solo espacio, y a otros más se les muestra una nueva visión sobre el recuerdo y la memoria que les trae hallazgos sorprendentes.

Con una narrativa llena de matices y guiños a autores como Julio Cortázar, Jorge Luis Borges o Kurt Vonnegut, Antonio Malpica nos devela los maleables visos del tiempo a través de estos relatos, donde tenemos la sensación de permanecer en una espiral que nos invita a visitarlos una y otra vez.



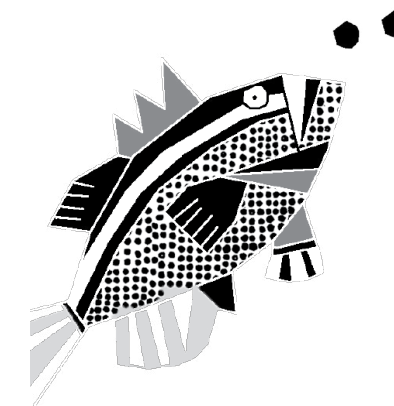
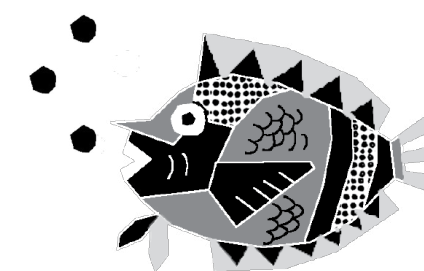
¿Cómo dibujar el tiempo?
¡Descúbrelo!



Te invitamos a un viaje
por el espacio



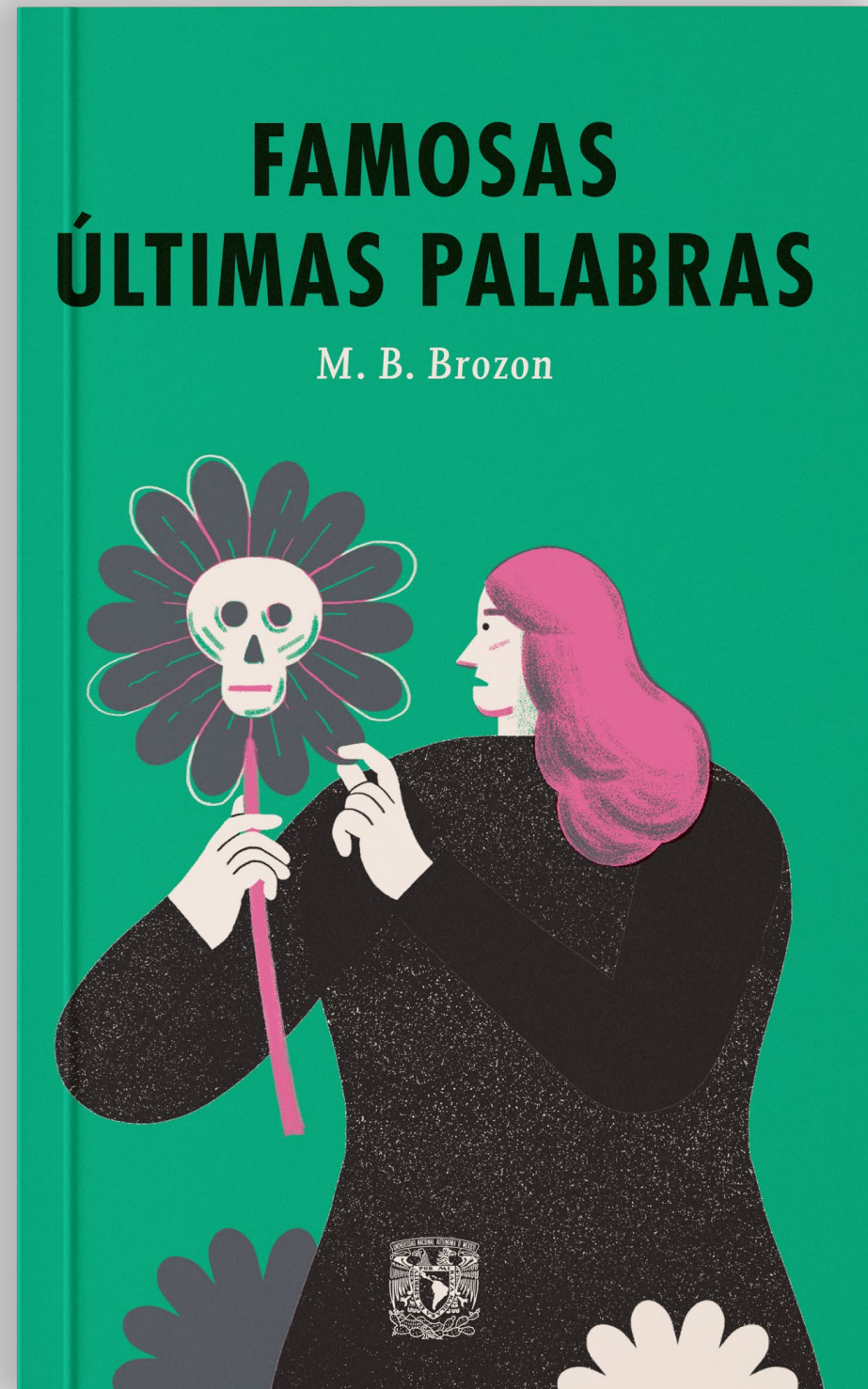
La Retahíla
lo recomienda



FAMOSAS ÚLTIMAS PALABRAS

M.B. Brozon

Ilustraciones de Pamela Medina



Publicado por primera vez en el año 2000, este volumen reúne 14 cuentos de una de las autoras más emblemáticas de la literatura infantil y juvenil mexicana. Quienes lean *Famosas últimas palabras* transitarán por historias impregnadas tanto de un humor ácido, como de una mirada crítica y directa, donde sus protagonistas plantan cara al gran engranaje, a veces coherente y otras descabellado, que conforman la vida y la muerte.

En las narraciones conoceremos, por ejemplo, a una chica entusiasta que prepara un último encuentro con su exnovio antes de que el fuego de la pasión que ambos aún

sienten los consuma del todo; a tres amigas que salen a un viaje de compras y reciben la encomienda de recoger un enigmático paquete; la larga conversación sostenida por un empresario con un asesino profesional para persuadirlo de que renuncie a su más reciente encargo; cómo una mujer descubre en su departamento a un inusitado felino cuya visita esconde un oscuro interés.

Por la fuerza de su estilo y el característico espíritu que distingue la producción literaria de M. B. Brozon, esta edición constituye el rescate editorial de una obra que todavía se mantiene vigente.



Para los amantes de los gatos



Adelanto de Abril G. Karera (spoiler)



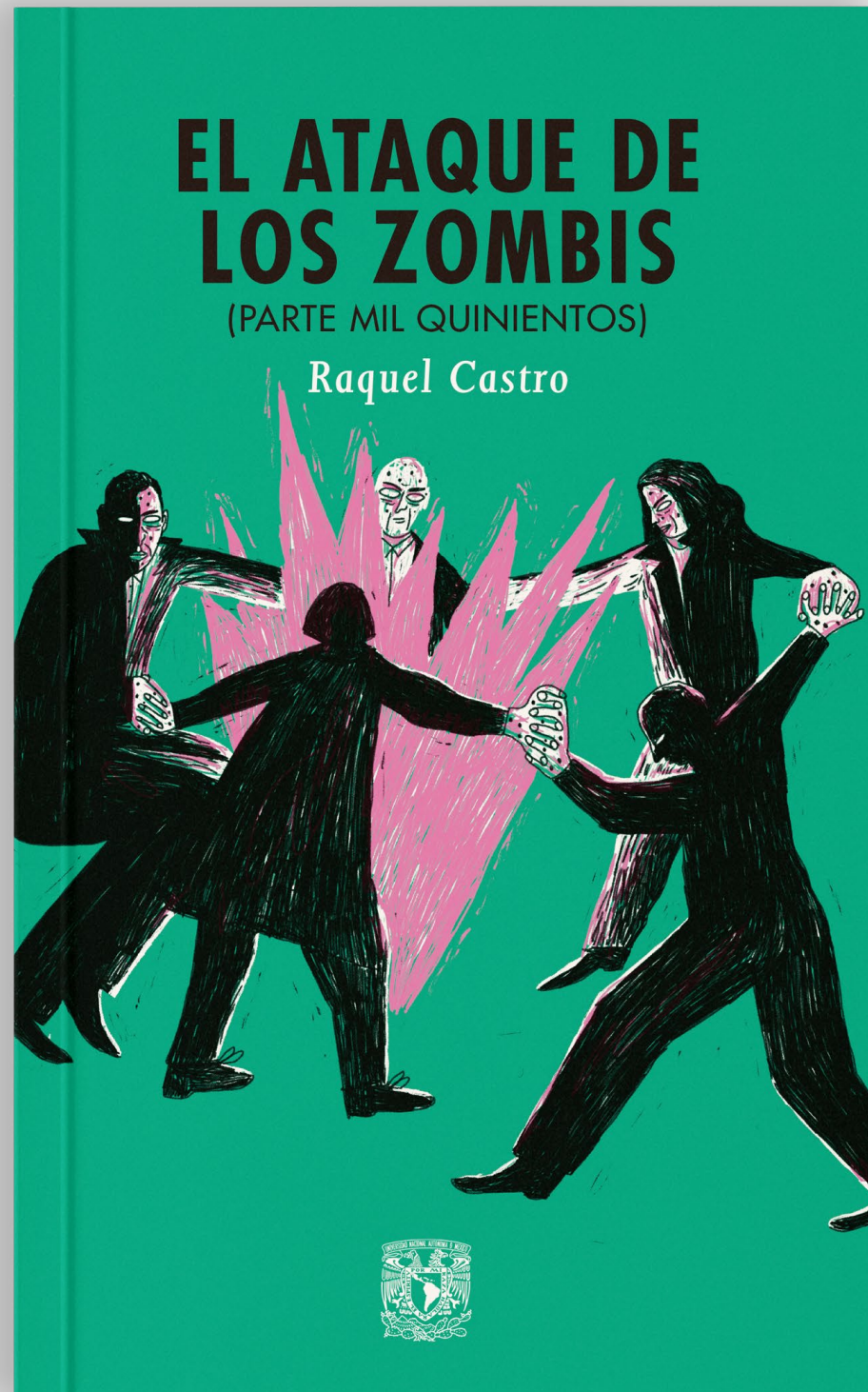
En la propia voz de M.B. Brozon

EL ATAQUE DE LOS ZOMBIS

(PARTE MIL QUINIENTOS)

Raquel Castro

Ilustraciones de Joan X. Vázquez

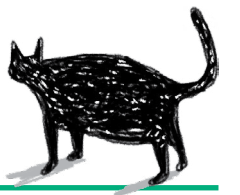


Los cuentos de *El ataque de los zombis* fluyen de lo inquietante —o terrorífico— al humor y tienen como eje principal la transmutación. Son historias cuyos protagonistas se enfrentan a la línea delicada que divide la muerte de la vida.

A través de las páginas de este libro, una chica se transforma en una piñata mutante que devora hombres machistas, y, aunque su identidad es secreta, ella se vuelve cada día más sospechosa; otra joven observa desde la reja de su casa cómo las personas de la ciudad, incluido su novio, se convierten en zombis, mientras piensa en un plan para no quedarse sin comida; un niño guarda un secreto que no quiere compartir con su familia:

su mamá, quien estuvo hospitalizada una larga temporada y acaba de regresar a casa, es en realidad una impostora y nadie más se ha dado cuenta; cada madrugada una chica escucha desde su ventana el balanceo de un solo columpio en el parque que está frente a su casa, sin atreverse a mirar quién se mece a esa hora de la noche.

El imaginario de Raquel Castro explora los sentimientos y reflexiones de sus personajes a partir del encuentro con los muertos redivivos, ya sea a través de la figura contemporánea del zombi o como metáfora de la transformación causada por el miedo, las mudanzas o los accidentes cotidianos.



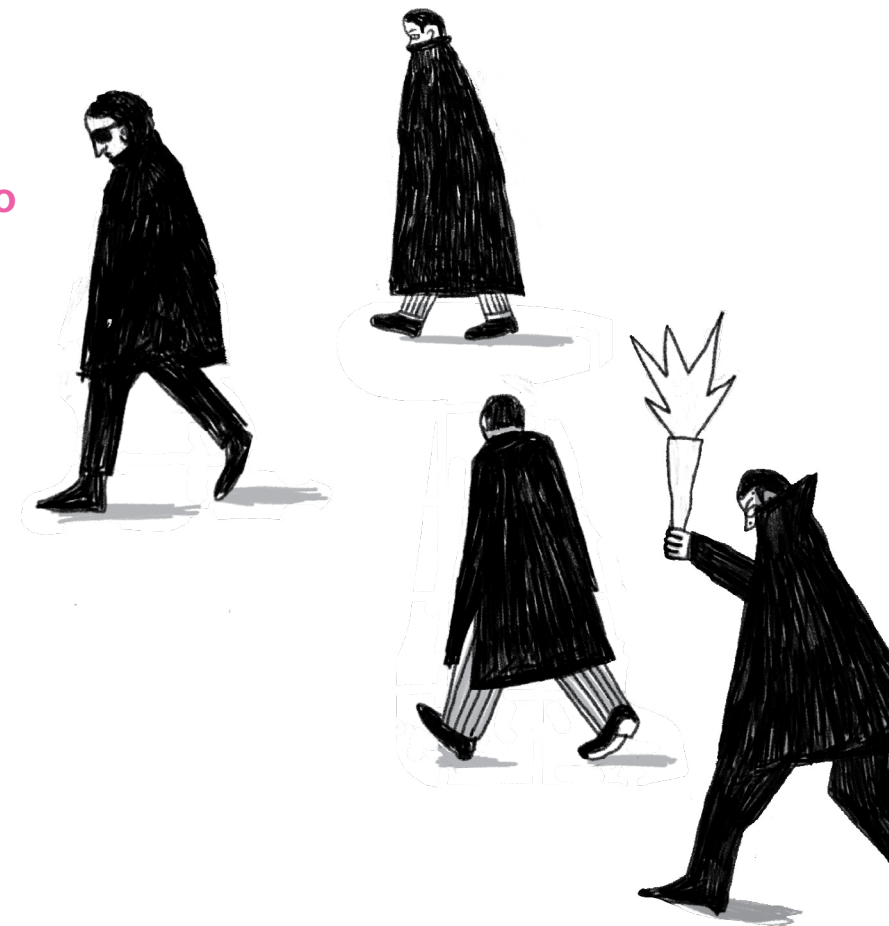
Aquí un zombi-adelanto dramatizadísimo



Raquel Castro de viva voz



Y más historias de zombis...



JUEVES 18 DE FEBRERO • 14:00 A 14:45 H

Presentación de libro • *Rosa Beltrán. Material de Lectura*

Presentan: Rosa Beltrán (autora), Mónica Lavín y Rosalía Chavelas

VIERNES 19 DE FEBRERO • 18:00 A 18:45 H

Presentación de libro • *La muerte de la lengua inglesa,*

coeditado con Almadía

Presentan: Myriam Moscona (autora) y Karen Villeda

DOMINGO 21 DE FEBRERO • 12:00 A 12:45 H

Presentación de libro • *El velo alzado,* de George Eliot,
colección Relato Licenciado Vidriera

Presentan: Adriana Díaz Enciso y Álvaro Uribe

DOMINGO 28 DE FEBRERO • 16:00 A 16:45 H

**Presentación de libro • *Del silencio al estruendo. Cambios
en la escritura de las mujeres a través del tiempo***

Presentan: Sara Sefchovich (autora), Ave Barrera, Liliana Pedroza
y Socorro Venegas

LUNES 1 DE MARZO • 18:00 A 18:45 H

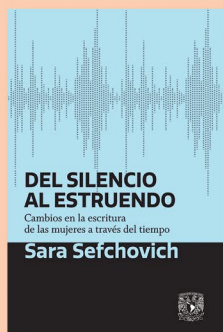
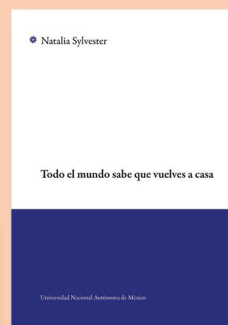
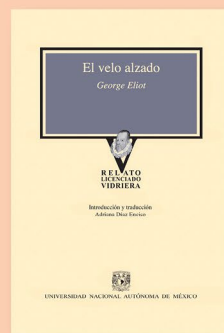
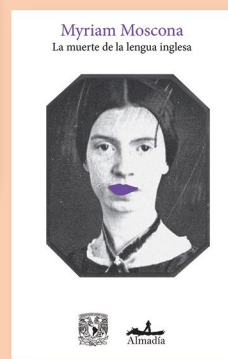
**Presentación de libro • *Todo el mundo sabe que vuelves
a casa,*** de Natalia Sylvester, colección Ultramar

Presentan: Isabel Zapata y Álvaro Uribe

Sigue la transmisión en: FIL Minería

Visita www.libros.unam.mx

Síguenos en redes sociales / librosunam



#LibrosUNAMenCasa

Te acompañamos en casa
disfruta de nuestras novedades
en formato digital

visita www.libros.unam.mx

síguenos en redes sociales

/ librosunam

